

Navarra y el nacionalismo vasco en perspectiva histórica

STANLEY G.PAYNE

Desde la primera definición de la doctrina nacionalista vasca por Arana Goiri en los años 1890, la opinión «abertzale» (patriota) ha mantenido corrientemente que Navarra es una de las cuatro provincias evidentemente vascas de la Península. La peculiaridad histórica y constitucional de Navarra no se ha considerado nunca un obstáculo para una identidad común, teniendo en cuenta que las tres Provincias del País Vasco -las antiguas «Provincias Vascongadas»- poseen cada una historia y estructuras institucionales distintas. Una autonomía interprovincial importante fue siempre meta del movimiento nacionalista vasco, y en cierta medida ésta ha quedado reconocida en el sistema de autonomía regional de 1980.

En la práctica, sin embargo, Navarra no ha formado nunca parte de un sistema o estructura concretos con las Provincias vascas ni aparecen en sus instituciones los importantes paralelismos que existen entre las de las tres Provincias vascas. Que la cultura y la etnohistoria de Navarra son parcialmente vascas es claro y evidente; que la cultura y las instituciones navarras puedan ser definidas sencilla o primordialmente como vascas en un sentido general es mucho menos seguro.

En lo que sabemos, Navarra estuvo muy cerca de haber sido el centro originario de la sociedad vasca en época romana (los vascones). Solamente una emigración hacia el oeste «vasconizó» el territorio de las tres Provincias, a fines del período romano, y desde el comienzo mismo se desarrollaron entre Navarra y el nuevo territorio vasco, plantillas, modelos históricos, culturales e institucionales diferentes. Una parte de Navarra (aproximadamente la mitad meridional) fue romanizada considerablemente, y desde entonces en adelante intensamente quedó integrada en las culturas más extensas tanto del Norte como del Sur. Del mismo modo que las Provincias vascas evitaron la romanización, también evitaron la islamización, asociándose de época muy temprana con Asturias y Castilla en la primera resistencia importante a los musulmanes. Navarra, sin embargo, que había sido atraída hacia el mundo romano-visigodo, quedó también parcialmente islamizada. El primer Estado navarro, el reino o principado de Pamplona, nació como un territorio o dominio de los montañeses cristianos del Norte, identificados, no obstante, con alianzas políticas y militares (y quizás a veces con identidad cultural) con sus parientes musulmanes, la familia Banu Qasi, del sur de Navarra y del valle del Ebro. Un cambio histórico de política ocurrió cuando en el año 905 la segunda dinastía

de Pamplona, los Jinenos, se hizo con el poder e identificó a Navarra con la reconquista cristiana. Pero la dinastía Jimeno sustituyó a su vez las alianzas peninsulares con otras continentales, convirtiéndose en el período de un siglo en vehículo principal de la «modernización» francesa en España, en los albores de la civilización occidental, creando la primera dinastía imperial cristiana sobre casi todo el norte de España¹.

Hacia los siglos XII y XIII, cuando las Provincias vascas eran tenidas como dominios-asociados del reino de Castilla, Navarra había desarrollado su propia personalidad e instituciones como reino distinto, diferenciado. Por un lado, Navarra constituía por sí misma un microcosmos mucho más completo y variado, con su gran diversidad ecológica y sus contrastes culturales entre los que hablaban su propio romance navarro, los montañeses que lo hacían en vascuence, los pobladores de las villas, franceses, cristianos, moros y judíos —una mezcla impensable en las Provincias vascas—. Por otro, había penetrado allí mucho más el uso del romance, rápidamente adoptado por la élite y por parte del pueblo llano, y que estaba mucho más ampliamente vinculado al mundo pirenaico en general —aragoneses, catalanes y franceses— y al nuevo mundo occidental europeo que estaba detrás. Al final de la Edad Media, Navarra se convirtió en un reino transpirenaico de carácter único, con una dinastía francesa; había logrado un pleno desarrollo constitucional e institucional, con una estructura completa estatal y jurídica. Después que la soberanía de Navarra quedó incorporada a Castilla en 1512 por la dinastía española unificada, Navarra siguió conservando su identidad e instituciones peculiares, incluso después de que la estructura constitucional de los Estados aragoneses quedara disuelta a comienzos del siglo XVIII.

Por entonces, Navarra se distinguía por ser la región diferenciada más completa institucionalmente bajo la Corona española, aunque no se mantuviera ya la plena integridad de estas instituciones.

Como las Provincias vascas, Navarra se resistió como norma general a la imposición de un constitucionalismo centralizado en el siglo XIX y fue uno de los bastiones del Carlismo. El compromiso a que se vio obligada tras la primera guerra carlista, resultó en la especial Ley Paccionada de agosto de 1841, que convirtió a un Reino constitucionalmente diferenciado, en una Provincia foral, parcialmente autónoma². Aun cuando las condiciones iniciales, administrativas y económicas³, fueran distintas, Navarra quedó situada después de 1841, por primera vez, en circunstancias paralelas a las de las tres Provincias vascas⁴.

El liderazgo político de la Navarra del siglo XIX quedó dividido entre una élite conservadora-liberal, rural principalmente, similar a la de la mayor parte de España, y la carlista, que gozaba de amplio apoyo popular. Cuando se logró

1. La exposición más clara de los orígenes de Pamplona-Navarra está en Claudio Sánchez Albornoz. «Orígenes del Reino de Pamplona. Su vinculación con el Valle del Ebro» (Pamplona, 1981), libro editado por la Institución Príncipe de Viana, de la Diputación Foral de Navarra, cuya 1.ª edición obtuvo un gran éxito, quedando inmediatamente agotada. La ordenación de textos fue de Francisco Javier de Lizarza.

2. Véase Jaime Ignacio del Burgo, «El Pacto foral de Navarra» (Pamplona, 1966), «Ciento veinticinco años de vigencia del Pacto-Ley de 16 de agosto de 1841» (Pamplona, 1966) y «Origen y fundamento del régimen foral de Navarra» (Pamplona, 1968).

3. Del Burgo, «Régimen fiscal de Navarra» (Pamplona, 1971).

4. La mejor síntesis analítica de la historia reciente de Navarra es el libro de José Andrés Gallego, «Historia contemporánea de Navarra» (Pamplona, 1982).

finalmente un sistema político estable a continuación de 1875, las elecciones navarras estuvieron dominadas durante casi veinte años por el sistema caciquil de manipulación por parte del partido en el poder, como casi en toda España. Los resultados electorales, que se presentan en el cuadro 1, tenían poco que ver con la opinión pública, reflejaban simplemente la identidad del ministerio en el poder en Madrid.

Cuadro 1
RESULTADOS ELECTORALES DE NAVARRA DURANTE EL
PERIODO DE CACIQUISMO PLENO, 1873-1896

1876	6 conservadores 1 independiente	1886	3 liberales 2 conservadores 1 romerista 1 carlista
1879	4 conservadores 2 moderados 1 independiente	1891	6 conservadores 1 liberal
1881	6 liberales 1 conservador	1893	4 liberales 2 conservadores 1 carlista
1884	5 conservadores 2 liberales		

FUENTE: M. Martínez Cuadrado, «Elecciones y partidos políticos de España» (Madrid, 1969), I.

La opinión popular en Navarra era, por lo general, carlista, permitiéndose que este hecho quedara en alguna medida registrado en las elecciones del gobierno conservador en 1896. El carlismo navarro surgía directamente de la identidad y la particularidad cultural e institucional de la región, ya que sólo el tradicionalismo prometía reconocer y guardar esta herencia. Los cambios sociales y económicos habían empezado ya a erosionar el apoyo a los carlistas en las Provincias vascas en los años de la última guerra carlista (1872-76), quedando Navarra, a fines del siglo XIX, como baluarte indiscutible del tradicionalismo.

Las elecciones de las últimas décadas de la monarquía liberal restaurada no proporcionan por sí mismas un índice exacto de la opinión pública, pues, aun cuando fueran más representativas que antes, siguieron estando sujetas a grados variables de manipulación. Los resultados del cuadro 2 proporcionan, no obstante, cierta indicación del apoyo continuado al carlismo en Navarra.

Cuadro 2
 RESULTADOS ELECTORALES DE NAVARRA DURANTE EL
 PERIODO DE CACIQUISMO PARCIAL, 1896-1923

1896	3 carlistas 1 integrista 2 conservadores 1 liberal	1910	5 carlistas 1 conservador
1898	2 carlistas 2 conservadores 2 liberales 1 independiente	1914	4 carlistas 2 conservadores 1 independiente
1899	5 conservadores 2 liberales	1916	4 carlistas 2 conservadores 1 liberal
1901	3 carlistas 2 conservadores 2 liberales	1918	3 carlistas 3 conservadores 1 nacionalista vasco
1903	5 carlistas 2 conservadores	1920	4 conservadores 2 carlistas 1 nacionalista vasco
1905	3 carlistas 3 conservadores 1 liberal	1923	3 conservadores 1 carlista 1 nacionalista vasco 1 liberal 1 independiente
1907	6 carlistas 1 conservador		

FUENTE: M. Martínez Cuadrado, «Elecciones y partidos políticos de España», (Madrid, 1969), II.

A pesar de su énfasis regionalista, el carlismo se mantuvo como el único movimiento de nacionalismo español durante el siglo XIX. El tradicionalismo para los carlistas suponía la afirmación de la integridad de España y de su lugar, se podría decir de su misión, en el mundo. Según el esquema carlista, las identidades regionales formaban parte de un todo orgánico y no se reducían a subordinar los intereses nacionales a los de la región.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, los escritores e intelectuales navarros participaron en el estudio y la difusión de la cultura regional, que estaba tomando ímpetu en varias regiones españolas. A pesar de que el uso del vascuence estuviera por entonces limitado al extremo norte de Navarra, los escritores navarros contribuyeron también a los estudios etnográficos y culturales vascos. Arturo Campión, uno de los padres culturales del nacionalismo vasco, era navarro⁵. Junto con Juan Iturralde y Suit organizó la «Asociación

5. Arturo Campión, «Discursos políticos y literarios», (Pamplona, 1907).

Euskara de Navarra» en 1877, que fue católica y fuerista y que aun propuso una federación con las Provincias Vascongadas⁶.

Pero la difusión regional, el fuerismo integrista y los estudios etnográficos eran muy diferentes de la invención de una identidad y nacionalidad nuevas.

A diferencia del partido nacionalista vasco (PNV), organizado seguidamente por Arana y Goiri, la «Asociación Euskara» era fuertemente integrista, fuerista y monárquica y rechazaba también el laicismo y la separación de la Iglesia y el Estado defendidos por Arana. Aunque un número de miembros individuales de la «Asociación Euskara» apoyaron luego al PNV y también Campión aceptó más tarde la palabra «nacionalista», no estaba conforme con el radicalismo político, su solución separatista y el enfoque sobre Vizcaya industrial del movimiento nacionalista vasco⁷.

Así el PNV atrajo pocos partidarios en Navarra. Hasta 1904 no se creó en Pamplona su primer «Centro vasco», catorce años después de la fundación del partido en Bilbao, y con los autonomistas liberales durante la primera guerra mundial, es cuando llegaron a ganar un número moderado de partidarios.

Sin embargo, los nacionalistas vascos de Navarra en ciertos aspectos continuaron más de acuerdo con los tradicionalistas navarros que con sus correligionarios de Vizcaya y Guipúzcoa. De hecho, se presentaron como más «navarristas» y tradicionalistas que los propios carlistas y aceptaron plenamente la postura normal de los navarros de colaboración con el Estado español. Cuando tres nacionalistas fueron elegidos concejales del Ayuntamiento de Pamplona en 1917, rechazaron con vigor cualquier idea de separatismo⁸.

Los esfuerzos conjuntos de carlistas, nacionalistas y otros llevaron a realizarse el congreso navarro de autonomía del 30 de diciembre de 1918, que solicitó del Gobierno la reintegración plena del régimen foral de Navarra.

El movimiento reformista español surgido al final de la primera guerra mundial zozobró en los bajos de arena gemelos de la división de partidos y de la lucha de clases. En algunos puntos de España hubo una clara tendencia particularmente pronunciada en las zonas industriales del norte al juntarse las fuerzas conservadoras. En las últimas elecciones del sistema, en 1923, todo esto excluyó a los candidatos nacionalistas en las tres Provincias vascas, con el paradójico resultado de que el único candidato nacionalista fuera elegido sin disputa en un distrito rural de Navarra, la provincia donde era más débil el apoyo al nacionalismo vasco. El gobierno militar establecido en septiembre de 1923 proporcionó momentáneamente una oportunidad para nuevas propuestas autonomistas antes de ser rechazadas todas en pro de una renovada centralización. Un abortado anteproyecto elaborado por los gobiernos provinciales de las tres Provincias vascas no se esforzó en incluir a Navarra, reconociendo que el apoyo que allí podía tener un «mayor proyecto regional vasco» era limitado⁹.

6. Vide Antonio Elorza, «Los orígenes del nacionalismo vasco en Navarra» en «Ideologías del nacionalismo vasco» (San Sebastián, 1978), págs. 11-107.

7. Javier Corcuera Atienza, «Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1904)» (Madrid, 1979), 124-136, 164-67, *et passim*, y Vicente Huici Urmeneta, «Ideología y política en Arturo Campión», *Revista Príncipe de Viana*, 42: 163 (1981), 641-87.

8. Elorza, *op. cit.*

9. Para un resumen más detallado del desarrollo del movimiento nacionalista vasco en estos años, véase mi «Basque Nationalism» (Reno, 1975), págs. 87-116. Hay traducción española: «El nacionalismo vasco», Barcelona, 1974.

El primer período de «despegue» del nacionalismo vasco tuvo lugar, de modo algo paradójico, durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) que reprimió oficialmente la agitación política nacionalista. Una vez más, Navarra se vio afectada por ello sólo en modo limitado. La inauguración de la II República en 1931 tuvo en Vizcaya y Guipúzcoa el efecto de estimular la manifestación del nacionalismo vasco, pero en Navarra lo tuvo de fortalecer al carlismo. Por primera vez, un sistema electoral relativamente democrático permitió que quedara plenamente registrada la fuerza electoral carlista; la radical política anticlerical de la República hacía revivir el fervor popular por el tradicionalismo.

La defensa de los derechos regionales y de los intereses católicos proporcionó la base para la alianza política del carlismo navarro y el nacionalismo vasco durante el primer año de la República. Ello permitió también a Navarra el participar en los dos primeros de los tres proyectos de autonomía vasca que se elaboraron en los años republicanos. El primer proyecto, el llamado Estatuto de Estella, fue redactado por la Sociedad de Estudios Vascos y enmendado en una asamblea celebrada en Estella el 16 de agosto de 1931 para garantizar también la autonomía en cuestiones religiosas.

Dos corrientes había en Navarra contrarias al Estatuto de Estella: la izquierda navarra y la derecha no carlista. Desde comienzos del siglo XIX había existido un sector minoritario liberal (más tarde de izquierdas) en la Ribera del Ebro (los distritos de Tafalla y Tudela), que había defendido un cierto grado de centralismo, era opuesto al carlismo y a las ideas conservadoras en general. La derecha no carlista era muy pequeña y heterogénea, compuesta de monárquicos alfonsinos, de católicos «independientes» y de ciertos apoyos anteriores del régimen de Primo de Rivera. La izquierda navarra se oponía al nacionalismo vasco y a la autonomía de Navarra en general, mientras que la derecha no carlista había iniciado una campaña a favor de un estatuto de autonomía navarra totalmente disociado de las Provincias vascas.

El Parlamento español rechazó el Estatuto de Estella el 26 de septiembre de 1931, iniciándose una reorientación de la política navarra sobre la autonomía y la colaboración con el nacionalismo vasco. Los dirigentes del PNV se decidieron por una amplia cooperación con la República laica, mientras la hostilidad de los carlistas era cada vez mayor. No obstante ello, una parte de los jefes carlistas navarros estaban aún dispuestos a colaborar con el PNV en un nuevo proyecto común de autonomía vasco-navarra, viendo en ello una fórmula más contundente neotradicionalista para defender los intereses navarros frente a la República.

El último día de enero de 1932 se reunieron representantes de los municipios y de las Diputaciones de Navarra y de las Provincias vascas, en cada una de las cuatro provincias, para deliberar una vez más sobre la cuestión de un estatuto común modificado para todas ellas. Los representantes de las tres Provincias vascas se manifestaron claramente favorables, pero en Navarra sólo 161 ayuntamientos de un total de 267 votaron a favor del estatuto común. Veintiuno lo rechazaron, 49 se abstuvieron o no llegaron a participar y 36 votaron a favor de un estatuto exclusivamente navarro¹⁰.

10. Véase especialmente el artículo de Martin Blinkhorn «El Ulster vasco: Navarra y la cuestión de la autonomía vasca bajo la República española», en «The Historical Journal», 17: 3 (1974), 595-613, y del mismo autor, «Carlism and Crisis in Spain 1931-1939» (Cambridge,

La disminución del apoyo navarro era muy alarmante para el PNV, cuyo secretario general, José Antonio de Aguirre, lo atribuía a una conspiración neoderechista. Pero, sin embargo, parece dudoso que el voto navarro fuera algo más que el verdadero reflejo de la opinión de la provincia. De los 21 municipios que rechazaron por completo el estatuto común, 19 eran distritos de la Ribera con mayoría republicano-socialista. Nueve de los doce que oficialmente se abstuvieron tenían el mismo tipo de base política, recelosa de toda asociación con el nacionalismo católico «reaccionario». Ocho ayuntamientos de izquierdas se declararon a favor de un estatuto de autonomía estrictamente navarro, aunque la mayor parte de los que defendieron esa alternativa procedían de los distritos conservadores de la zona nordeste de Navarra.

El nuevo Estatuto propuesto para «una unidad autónoma político-administrativa dentro del Estado español» de las cuatro provincias conjuntamente, fue redactado por una comisión interprovincial y concluido a fines de abril de 1932. En términos generales, era similar al Estatuto de Estella, salvo la estipulación de autonomía religiosa. Pero una enmienda, debida sobre todo a la presión de los socialistas, introdujo una asamblea general regional basada en el sufragio universal en la que la mitad de los diputados serían elegidos por voto proporcional de acuerdo con la población total de las cuatro provincias. Esta disposición otorgaría un peso desproporcionado a la populosa Vizcaya, centro tanto del socialismo como del nacionalismo vasco, mientras que reduciría la representación de las rurales Alava y Navarra, menos pobladas.

La oposición fue creciendo en Navarra, a pesar de que los dirigentes carlistas adoptaron una posición prudente y no rechazaron abiertamente esta nueva propuesta. La cuestión se dirimió en una asamblea general de representantes de los ayuntamientos de las cuatro provincias, que se reunió en Pamplona el 19 de junio de 1932. Mientras que las delegaciones de las tres Provincias vascas apoyaron el proyecto enérgicamente, 122 municipios navarros lo rechazaron, frente a los 109 que votaron a favor y 35 abstenciones. También en esta ocasión la oposición más firme provino de elementos de izquierda liberal de la Ribera, partidarios del sistema español y fuertemente contrarios al nacionalismo vasco. De los 59 ayuntamientos controlados por la izquierda liberal, 27 se opusieron al estatuto y 12 se abstuvieron. De los 208 ayuntamientos controlados por la derecha, 89 lo aprobaron, 96 votaron en contra y 23 se abstuvieron. En las merindades de Estella y Olite-Tafalla, una mayoría de derechas aprobó el estatuto, e incluso en el distrito de Pamplona la derecha se dividió casi por igual en torno a esta cuestión. Sólo hubo una clara mayoría contraria a la misma en los ayuntamientos de derechas de las merindades de Sangüesa-Aóiz y Tudela. Por consiguiente, la oposición navarra a un sistema autonómico común con los vascos quedó muy dispersa entre distritos y grupos políticos, y fue ligeramente más fuerte en la izquierda que en la derecha.

Cuatro factores parecen haber determinado este resultado, dos de ellos fundamentales y dos secundarios. Las razones fundamentales surgían de la debilidad del nacionalismo vasco en Navarra y del sentido de identidad e integridad navarros, que quedaría, al menos parcialmente, diluido en un

1975), 47-93. Hay traducción española. Véase también Juan Pablo Fusi Aizpúrua, «El Problema vasco en la Segunda República», (Madrid, 1979), y Víctor Manuel Arbeloa, «Navarra ante los Estatutos», (Pamplona, 1978).

sistema vasco. De carácter más secundario, aunque también de importancia, era la tendencia centralizadora españolista de la izquierda navarra y la creciente oposición carlista a continuar la colaboración con un movimiento vasco, inclinado al compromiso con el sistema republicano de izquierdas.

La aspiración a la autonomía era tan importante para el Carlismo navarro, y para la opinión política navarra en general, que se realizaron varios esfuerzos para elaborar un proyecto de autonomía navarra entre 1932-1933, pero éste no tenía muchas posibilidades de prosperar. Al hacerse el contexto político navarro cada vez más carlista, un gobierno de izquierda vetaría cualquier propuesta en este sentido, mientras que una administración republicana más conservadora prefería evitar del todo una mayor regionalización y concesión de autonomías¹¹.

Las principales energías políticas navarras se entregaron, pues, a la española pugna entre Carlismo y República. Aun cuando el nuevo Secretario general (subsecuentemente, Jefe delegado) de la Comunión Tradicionalista, Manuel Fal Conde, ejerció un tipo de mando bastante más autoritario y centralizado que sus predecesores, los carlistas navarros apoyaron lealmente la política carlista durante los restantes años del sistema republicano. Tal vez la mejor definición de la teoría carlista de Estado en este período se encuentre en el libro de Víctor Pradera, nacido en Pamplona, «El Estado nuevo», publicado en 1935. Pradera trazó la estructura de una monarquía descentralizada basada en una organización corporativa que era, teóricamente, de naturaleza más social que estatal. La cuestión de la autonomía regional se resolvería mediante un sistema español integrado, permitiendo así la descentralización bajo un Estado que conservaría el suficiente poder central para las funciones indispensables de interés nacional y defensa. El Estado nuevo influyó también en el pensamiento político de Franco en este período, aunque no aceptó nunca todas sus ideas.

La preponderancia del Carlismo en la política navarra aumentó *pari passu* con la historia de la II República. Los carlistas se hicieron pronto con la gran mayoría de los ayuntamientos, pero la coalición republicano-socialista que gobernó en España en 1931-1932 impuso a la administración provincial su propia Comisión Gestora. Sólo tras el fracaso de la insurrección izquierdista de 1934 permitió a un gobierno de centro-derecha la celebración de elecciones provinciales en Navarra en enero de 1935; los carlistas las ganaron por mayoría aplastante. En las elecciones parlamentarias nacionales de 1931, los carlistas habían obtenido sólo el 54 por ciento del voto popular, aunque ha de admitirse que estas elecciones no fueron tan libres como las de 1933 y 1936, los carlistas lograron un 71% del voto popular, frente al 14% de los socialistas y el 9% de

11. Este concepto de regionalismo era también al menos parcialmente congruente con el tipo de catalanismo más conservador formulado en ocasiones por el gran político catalanista Francisco Cambó. Invitado por los nacionalistas vascos de Vizcaya en 1917, Cambó invocó el establecimiento de la autonomía regional para crear «una España imperial..., imperio de grandes pueblos». Antonio Elorza, «Las ideologías del nacionalismo vasco», (San Sebastián, 1978), 242.

Esta frase, suprimida por la prensa nacionalista, era mucho más afín al concepto del Carlismo navarro de un regionalismo integrado. De modo similar, Cambó había observado en las Cortes de 1916 que el problema catalán no podía resolverse mediante el separatismo o con actitudes negativas, sino «en el calor fundente de un ideal», «un ideal colectivo», «por encima de patriotismos locales de región y nacionalidad», con «fe en las cualidades de la raza en todas sus variantes nacionales». Josep Plá, «Cambó», (Barcelona, 1930), III, 72.

los nacionalistas vascos. Además, el porcentaje de participación -casi 81- fue uno de los más altos de España, superior al de las Provincias vascas.

Durante los últimos meses de la República, los dirigentes carlistas navarros se entregaron a la colaboración con los organizadores de la revuelta derechista contra el régimen. La decisión tomada por el gobierno del Frente Popular de disolver la administración provincial navarra el 29 de junio y situar ésta bajo control del gobierno central no hizo más que convencer aún más a los carlistas de que tenían que apoyar la nueva solución radical al conflicto civil¹². En efecto, la contribución navarra fue decisiva para la iniciación y el triunfo de la revuelta, y su contribución a la guerra española fue enormemente desproporcionada con respecto a la población de Navarra.

La guerra española fue una gran guerra civil dentro de las Provincias vasco-navarras, e incluso dentro de las mismas Provincias vascas. En Alava y Navarra la dirección nacionalista vasca se pronunció a favor de los insurgentes, primordialmente a causa de la cuestión religiosa y a la división derecha-izquierda. En Vitoria, sin embargo, esta adhesión declarada se realizó bajo presión de las autoridades militares¹³, mientras que en Navarra fue al parecer más auténtica. Algunos de los partidarios del nacionalismo vasco en ambas provincias se unieron a la causa de la España nacional, y la conquista militar de los baluartes vascos de Guipúzcoa y Vizcaya se llevó a cabo en gran medida con requetés de Navarra y Alava. En agosto de 1936 hubo incluso una breve polémica en la prensa navarra sobre la posibilidad de construir para Navarra un canal hasta el mar, atravesando Guipúzcoa.

El gobierno franquista que resultaría de la guerra civil no fue un régimen carlista, aun cuando reconociera oficialmente algunos de los puntos centrales del programa tradicionalista. Era, no obstante, en gran medida, fiel al acuerdo realizado entre el general Emilio Mola y el mando carlista navarro en vísperas de la guerra civil: un sistema nuevo bajo la antigua bandera monárquica, con un gobierno de mayor autoridad, fundamentado en una organización semicorporativa y que garantizase una cierta autonomía limitada para Navarra. Sólo Alava y Navarra de entre todas las provincias españolas gozaron de exenciones fiscales especiales y de poderes limitados de administración local en reconocimiento a la ayuda prestada por sus grupos fueristas a la causa nacional durante el conflicto.

A lo largo del prolongado interregno del régimen franquista, Navarra cambió proporcionalmente más que las Provincias vascas. Mientras que el carácter urbano-industrial de Vizcaya y Guipúzcoa no hizo más que acentuarse, en Alava y Navarra se produjo un significativo desarrollo industrial por vez primera. Navarra había exportado sus excedentes de población rural desde fines del siglo XIX, pero después de 1960 los navarros de zonas rurales empezaron a trasladarse a una Pamplona en proceso de industrialización y a

12. Véase mi libro «Politics and the Military in Modern Spain» (Stanford, 1967), 334-340, y el Apéndice B (hay traducción española); Antonio de Lizarza Iribarren, «Memorias de la Conspiración» (Pamplona, 1954), y Rafael Casas de la Vega, «Las milicias nacionales en la guerra de España» (Madrid, 1974).

13. «El Pensamiento Navarro» (Pamplona), 4 de agosto 1936. Véase la explicación del líder nacionalista vasco alavés Javier de Landáburu en P. Usabiaga, «El Pueblo Vasco frente a la cruzada franquista» (Toulouse, 1966), 162-171, y Jaime del Burgo, «Conspiración y guerra civil» (Madrid, 1970), 67.

otras ciudades navarras. Efectivamente, Navarra experimentó una inmigración neta próxima a las 3.000 personas en la década de los años sesenta, inviniéndose con ello una tendencia secular. A causa de esto, los antiguos centros rurales carlistas del centro y del norte de Navarra se vieron seriamente despoblados por la emigración rural hacia las ciudades. Las fuerzas del tradicionalismo quedaron debilitadas no sólo por el cambio general cultural de una sociedad en vías de industrialización, sino también porque sencillamente desapareció una parte de la base demográfica rural de Navarra.

Hacia 1960, Navarra había ascendido al octavo puesto de las 50 provincias españolas en renta per cápita, y alcanzó el séptimo lugar hacia 1970. Pero Vizcaya y Guipúzcoa continuaron siendo la primera y segunda, respectivamente, y Alava avanzó desde el puesto undécimo en 1960 al tercero en 1970.

Subsistían diferencias evidentes. La tasa de crecimiento de población en Navarra continuó al ritmo de un tercio o un cuarto inferior al de las Provincias vascas, y la densidad de población de Navarra era un 25 por ciento menor que la de Alava y sólo una fracción insignificante de la de Vizcaya o Guipúzcoa. En 1969 sólo el 36 por ciento de la mano de obra trabajaba en la industria, frente al 55 por ciento de las Provincias vascas. En 1970 casi el 84 por ciento de la población estaba formado por personas nacidas en Navarra, mientras que en el País Vasco la cifra era del 67 por ciento. Navarra continuó siendo la región de España más abiertamente católica, declarándose católicos practicantes un 95 por ciento de la población, mientras que en las Provincias vascas era sólo un 80 por ciento¹⁴.

Cuando se introdujo la democracia política posteriormente a la muerte de Franco, se hizo patente que había cambiado la mentalidad política. El apoyo a la izquierda en la baja Navarra y en Pamplona se había extendido considerablemente, y, como en gran parte de España, el antiguo voto de derechas había sido sustituido en buena medida por un voto centrista o conservador moderado. El deseo de autonomía era al menos tan generalizado como siempre, pero en concreto el electorado del nacionalismo vasco había aumentado sólo de forma moderada.

Todos los indicios parecían indicar que la opinión política navarra estaba más integrada y era más congruente con la de España en general que con la de las Provincias vascas. La participación electoral en los referendums sobre Reforma política en 1976 y la Constitución en 1978 fue mínimamente inferior a la media española, mientras que en Vizcaya y Guipúzcoa fue casi un 40 por ciento más baja. En España, en general, el 7,9 por ciento de los votantes votaron contra la Constitución, frente al 16,9 por ciento de Navarra y frente aproximadamente al 24 por ciento de las Provincias vascas. La abstención y los votos negativos se concentraron en el Noroeste, en la zona de Navarra, con influencia de Guipúzcoa, y fueron inferiores en la Ribera izquierdista y en la Navarra central.

En las elecciones parlamentarias de 1977-1979, el grueso del voto navarro fue a UCD (Centro-Derecha), a los socialistas y a las fuerzas conservadoras «navarristas» (muchas de las cuales se fundieron en 1979 en Unión del Pueblo Navarro, UPN, dirigida por Jesús Aizpún).

14. Estos datos se presentan con mayor detalle en mi «Basque Nationalism», 227-240.

15. Juan Linz y otros, «Informe sociológico sobre el cambio político en España 1975-1981» (Madrid, 1981), 311-331.

El PNV recibió en 1979 sólo el 8,3%, casi el mismo porcentaje que en 1936, que habría que comparar con el 26,89% de las Provincias vascas. Sin embargo, el aumento más importante en el voto nacionalista vasco ha venido de la izquierda «abertzale», que ha obtenido el 8,7% del voto total navarro, que habría que comparar con el 22,50% obtenido en las Provincias vascas¹⁶.

Así pues, mientras que la posición de los tradicionalistas se ha visto erosionada, el nacionalismo vasco «abertzale» ha doblado casi el número de sus partidarios en Navarra, subiendo de ser una fuerza insignificante a una fuerza minoritaria, pero significativa.

En las Provincias vascas se considera a Navarra en los años recientes como parte de «Euzkadi». En 1980 el 43% de la opinión vasca rehusaba o era reacia a aceptar un referendun sobre el asunto de Navarra, mientras que otro 38% la consideraba parte de «Euzkadi», pero estaba dispuesto a aceptar el resultado de tal referendun.

No obstante, al conseguir los nacionalistas vascos el control de las Provincias vascas y comenzar el Gobierno regional autónomo, el grueso de la opinión navarra indicó claramente que no tenía el menor deseo de ser subsumida en «Euzkadi». En 1979 el 51 % de los navarros se declaraban ser más navarros que vascos, y solamente un 31% tan vascos como navarros. Solamente el 7% definieron su identidad primaria como vasca, mientras el 10% se definían sencillamente como españoles. Los sentimientos vascos eran mayores en las zonas del Noroeste, cercanas a Guipúzcoa, y eran particularmente débiles en el sur de Navarra¹⁷.

El problema de la inclusión potencial de Navarra fue uno de los obstáculos en la negociación de la Comunidad Autónoma Vasca, entre el Gobierno español y los nacionalistas vascos en 1978-79.

Bajo la nueva Constitución, Navarra podría quedar incluida solamente si tal paso lo aprobase su propio Parlamento Foral en Pamplona y luego fuese ratificada esta decisión por un referendun popular de los navarros.

Sin embargo, cualquier reforma del nuevo Estatuto vasco que pudiera ser necesaria por consecuencia de aquella doble acción, no quedaría sujeta al veto o voto independiente de Navarra, sino a la decisión combinada de toda la población del nuevo ente vasco, siendo esta norma una concesión que hizo Madrid a los nacionalistas vascos.

Mientras tanto, la opinión navarra se fue moviendo en una dirección divergente. Algunos conservadores¹⁸ y centristas¹⁹ -dominando juntos los asuntos internos- rechazaron el nacionalismo vasco y buscaron un sistema de expansión de una autonomía estrictamente navarra.

16. Para más datos y estudio véase ibd. págs. 537-39 y Juan Linz, et al., «Atlas Electoral del País Vasco y Navarra» (Madrid, 1981, pág. 78-87 y 114-22).

17. J. Linz, et al., «Informe Sociológico», pág. 539.

18. Los dos jefes dirigentes de la opinión conservadora de Navarra durante el período de transición han sido Jesús Aizpún, líder de Unión del Pueblo Navarro, y Javier Nagore, de Alianza Foral.

19. El cabeza de UCD en Navarra ha sido Jaime Ignacio del Burgo, que es asimismo el primer publicista de «Navarrismo». Entre sus recientes publicaciones están «Los Fueros del futuro. Ideas para la Reforma Foral» (Pamplona, 1976); «Navarra es Navarra. Tres años de lucha en defensa de nuestra identidad» (Pamplona, 1979); y «Navarra en la encrucijada» (Pamplona, 1980).

Los socialistas navarros también vinieron a apoyar aproximadamente la misma postura, y se ocuparon de separar su propia organización de partido de la de ser una Sección vasca del PSOE.

El sistema navarro de gobierno introducido por Decreto de 26 de enero de 1979 constituía un primer paso que, al menos en sus términos generales, respondía a los deseos de la gran mayoría de la opinión navarra. Proveía una Diputación Ejecutiva de 7 miembros y un Parlamento Foral legislativo de 70 parlamentarios, ambos elegidos por voto popular.

Los varios grupos nacionalistas dirigidos por la radical Herri Batasuna, se portaron mejor en las primeras elecciones al Parlamento Foral en abril de 1979, obteniendo más del 25% de los asientos, pero no fueron capaces de abrirse camino contra la mayoría. Así, a principios de 1982 el Parlamento Foral navarro aprobó una nueva medida de expansión de la autonomía de la región y de reafirmación de su propia y distinta identidad conocida como el «Amejoramiento» o perfeccionamiento de su Régimen Foral, por 49 votos contra cinco.

Las elecciones parlamentarias españolas de octubre de 1982 han constituido un sondeo más y significativo de la opinión navarra. La pluralidad socialista del 37% fue sin embargo más baja que en el resto de España (45%). UPN, en coalición con la nueva conservadora Alianza Popular, consiguió más del 25%, más o menos exactamente la media española, mientras que UCD, con el 10%, lo hizo bastante mejor que en el resto de España. De haber querido UCD navarra unirse en una coalición de centro-derecha con UPN, ésta evidentemente habría ganado.

En un electorado aumentado grandemente, teniendo más de 300.000 votos, comparados con los 257.000 de 1979, el voto nacionalista vasco, incluido el «abertzale», aumentó el 2,58%, del 17% a 19,58%. Pero el PNV, sin embargo, bajó tanto en cifras absolutas como proporcionales, correspondiendo el aumento al crecimiento de los grupos «abertzales» radicales, Herri Batasuna y Euskadiko Esquerra. En el Valle de Baztán, donde todavía se habla el euskera, y el PNV había trabajado bien en el pasado, la primacía fue tomada por UPN y AP. Otro tanto en los valles vasco-parlantes del Noroeste de Navarra, como Ulzama y Larráun, y aún en un pueblo tan significado como Huarte-Araquil.

La distinta asimetría entre la composición interna del nacionalismo vasco en Navarra y en las Provincias vascas, llevan a la conclusión de que en aquella el voto radical «abertzale» es mucho más una expresión de protesta y de radicalismo social que un nacionalismo «tout court».

Las elecciones de 1982 han marcado así un cambio en Navarra, pero en menor grado que en el resto de España. Los navarristas, como fuerzas distintas de las nacionalistas vascas, permanecen francamente predominantes en Navarra y el PNV ha perdido terreno.

La historia, la personalidad y las instituciones peculiares de Navarra, continúan militando contra cualquier integración directa en el nacionalismo vasco. Navarra es histórica y étnicamente en parte vasca, pero su identidad y sus lealtades han sido siempre más complejas que eso. Sus estructuras sociales y económicas son todavía distintas de las de las Provincias vascas y no se ven cuáles son los incentivos políticos que «Euzkadi» puede ofrecer como tentación. Las divisiones políticas polarizadas del año 1930 han desaparecido. Pero la personalidad peculiar y los intereses de Navarra continúan. En la nueva España de federación y de autonomías la identidad de Navarra exige su propio reconocimiento.

NAVARRA Y EL NACIONALISMO VASCO EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

Cuadro 3
ELECCIONES AL PARLAMENTO NACIONAL EN NAVARRA DE
LOS MAS IMPORTANTES PARTIDOS (1977-1982)

	1977	1979	1982	
	%	%	s/censo 375.846	s/votos (80,8%) 303.684
Unión de Centro Democrático (UCD)	28,6	32,4	8,31	10,28
Partido Socialista (PSOE)	20,9	21,5	29,97	37,09
Alianza Foral de Navarra	8,4			
Unión del Pueblo Navarro (UPN)*		11,0	20,32	25,15
Unión Autonomista de Navarra	6,8			
Unión Navarra de Izquierda	9,3	4,3		
Unión Navarra de Izquierda	9,3	4,3		
ORT	5,0			
Frente Navarro Independiente	4,0			
Partido Carlista (D. Carlos Hugo)	3,2	7,6		
Nacionalistas Vascos (PNV)		8,3	4,34	5,37
Herri Batasuna (HB)		8,7	9,25	11,45
Centro Democrático y Social (CDS)			3,28	4,06
Euskadiko Esquerra			2,23	2,76
PCE			0,57	0,71

* En 1982, en coalición de Alianza Popular (AP)-Partido Demócrata Popular (PDP).

FUENTES: Juan Linz, et al, *Atlas electoral del País Vasco y Navarra* (Madrid, 1981), 78, 114; *El País* (Madrid, 30 octubre 1982); *Diario de Navarra*, 30 de octubre y 9 de noviembre. Sobre 1982, elaboración propia, basada sobre el censo y sobre votos habidos.